

LA ORACION SEGUN LA REGLA DE SAN BENITO

En el mundo de hoy encontramos cada vez menos lugar y tiempo para la oración, cuyo sentido y necesidad, por otra parte, no capta-
mos. En cambio constatamos —sobre todo entre los jóvenes— una
real necesidad de experiencia espiritual. Algunos de nuestros monas-
terios se han abierto a nuevas formas de meditación según los méto-
dos orientales, otros a grupos de oración, y esto no solamente para
satisfacer una demanda que viene del exterior, sino también para res-
ponder a una necesidad expresada por algunos miembros de las co-
munidades. Ya en el pasado nuestros monasterios habían practicado
diversas devociones extra-litúrgicas (al Sagrado Corazón, a la Pasión,
a la Virgen María, a San José, etc.).

Podemos plantearnos legítimamente la pregunta: ¿es posible, a
partir de la Regla de San Benito (*RB*), contribuir a la renovación espi-
ritual de nuestra época?

Es cierto que lo hacemos principalmente por la celebración de la
liturgia. Pero ésta solo puede tener irradiación y valor de testimonio
si está alimentada y sostenida por la oración personal. Esta oración
es, a mi juicio, una grave exigencia de nuestra vida monástica para
mantener en un justo equilibrio la liturgia y el trabajo.

En esta exposición quisiera, en consecuencia, insistir sobre la
necesidad de esa oración personal. Se imponen dos observaciones
preliminares:

- La oración será presentada, según la antigua tradición, como
un diálogo¹ del hombre con Dios y de Dios con el hombre, co-
mo un intercambio de palabras que se convierte en comunión.

Conferencia pronunciada en el Symposium de Hermanas Benedictinas, celebrado en
Roma del 17 al 24 de octubre de 1987. Agradecemos a la Hermana Aquinata su cor-
dial autorización para publicarla.

Traducción de la Hna. Ma. Eugenia Suárez, osb (Ntra. Sra. de la Esperanza).

1. Cf. J. SUDBRACK, art. *Oración*, en *Sacramentum Mundi*, 5, 1985, col. 1-18.

- La *RB* no responde directamente a los interrogantes que se plantean hoy², ella no es un tratado sobre la oración. Benito escribe para hombres que desean vivir en una comunidad y les deja un amplio espacio en lo que se refiere a la oración personal.

Esta exposición se limitará a cuatro preguntas:

- ¿Por medio de qué aportes exteriores la *RB* favorece la oración personal?
- ¿Es posible discernir en la *RB* [la presencia] de la “Oración de Jesús” como un camino hacia Dios?
- ¿Se encuentran indicios de la “Oración de Jesús” en la *RB*?
- La breve enseñanza sobre la oración que propone la *RB*, ¿tiene alguna relación con esa oración?

1. ¿Por medio de qué aportes exteriores la *RB* favorece la oración personal?

La *RB* nos enseña el arte de vivir en comunidad. A partir de allí estructura toda la vida en vista a favorecer la oración personal.

Mientras que en el monaquismo egipcio era posible dedicarse al mismo tiempo a la oración y al trabajo³, la *RB*, por su parte, da lugar a cada uno de estos elementos. Para la oración litúrgica se dejará el trabajo (43, 3); dos o tres horas están consagradas a la *lectio* (*vacare*, 48, 8.10.13.14.17.22); así las palabras de la liturgia y de la *lectio* podrán penetrar en el corazón y ser meditadas durante el trabajo; pero la *RB* no hace de ello una prescripción como, por ejemplo, la *Regula Magistri* (RM 50, 28-33.43-46).

A diferencia de las costumbres del monaquismo egipcio, el oratorio está reservado exclusivamente a la oración (52, 2). El silencio debe reinar en él (52, 2); cada uno puede permanecer allí libremente después del Oficio (52, 3.5) y entrar en él durante la jornada (52, 4).

2. Cf. E. MANNING, en H. ROCHAIS y E. MANNING (ed.), *La Règle de Saint Benoît*, Rochefort, 1980, p. 135; M. CASEY, *Saint Benedict's Approach to Prayer*, en *Cistercian Studies*, 15, 1980, p. 327.
3. CASIANO, *Inst. III*, 2; cf. A. de VOGÜÉ, *Le sens de l'office divin d'après la Règle de Saint Benoît*, en *Revue d'Ascétique et de Mystique*, 43, 1967, pp. 401-403; para la lectura: id. *Les deux fonctions de la méditation dans les Règles monastiques anciennes*, en *Revue d'Histoire de la Spiritualité*, 51, 1975, pp. 3-16.

Este lugar debe incitar a la práctica de la oración continua en todos los lugares y en todas las circunstancias. Pero san Benito exige, por otra parte, que una atmósfera de silencio y de recogimiento reine en el monasterio en lugares bien definidos, como el oratorio (52) y en horas precisas, como después de Completas (42, 1), después del Oficio (52, 2) o durante la *lectio* (42, 18). Los huéspedes no deben turbar el recogimiento de la comunidad (53, 16.23-24). San Benito subraya (6; 7, 9-11) que el silencio y la humildad son características del discípulo. Este clima de recogimiento favorece la escucha de la Palabra y una vida en presencia de Dios. Para san Benito, es el hombre entero el que ora y se expresa por su cuerpo; los gestos tienen, entonces, una repercusión profunda sobre su oración interior; por eso prevé diversas posturas para la oración litúrgica: la posición sentada o de pie (para el *Gloria Patri*), el arrodillarse o la postración según los diversos ritos. Estas actitudes pueden ser repetidas durante el día y podemos suponer que forman parte de la oración personal, según la prescripción de la *RB*: “postrarse con frecuencia para orar”⁴ (*incumbere* 4, 56).

Benito pone en manos del monje ese gran libro de oración que es el Salterio; más aún, la Sagrada Escritura en su totalidad. Ella es la luz divina y divinizante (Pról.; 9), la voz de Dios que llama (Pról., 9), el remedio (28, 3), la ley divina (53, 9; 64, 9); ella es además la “norma rectísima” para conducir nuestra vida (73, 3). La Escritura constituye entonces el elemento primero de la liturgia y sigue siendo el libro por excelencia para la *lectio*. Las palabras de la Escritura son, por así decirlo, el apoyo del diálogo de Dios con el hombre y del hombre con Dios, tanto en la oración litúrgica como en la oración personal. El monje se deja interpelar, exhortar e iluminar por ella y responde a esta Palabra divina. El capítulo 7 de la *RB* nos describe este intercambio, este diálogo incesante con Dios al que la Escritura nos invita y que ella realiza en nosotros. La vida y la oración del monje están completamente modelados por ella.

Todas las oraciones indicadas en la *RB* son citas escriturísticas o fórmulas litúrgicas. Benito se expresa con ayuda de estas palabras y se ha dejado modelar por ellas.

El cristiano que se ha impregnado de la Escritura —como el abad en la *RB*— conserva en su memoria las palabras inspiradas (el empleo frecuente de “acordarse”, “pensar en”, está siempre ligado a palabras

4. A. de VOGÜÉ, *Orationi frequenter incumbere*, en *Revue d'Ascétique et de Mystique*, 41, 1965, pp: 467-472.

de la Escritura); permanece así en diálogo, no solamente con Dios, sino también con sus hermanos los hombres, e incluso los acontecimientos y todo lo real adquieren sentido a la luz de Dios.

2. En la *RB* ¿podemos discernir [la presencia] de la “Oración de Jesús” como un camino hacia Dios?

Benito habla poco de la oración personal. Parece haber sido influenciado, en este terreno, por los Padres del desierto. A través de testimonios indirectos podemos suponer que ellos practicaban la “Oración de Jesús”, sobre todo si consideramos el gran número de alusiones que se hacen a la invocación del Nombre, a las lágrimas, a la compunción, al publicano del evangelio, a la misericordia y, finalmente, a la oración del corazón⁵. Estas oraciones jaculatorias son tan variadas como personales en su expresión. Se descubren en ellas dos constantes: la invocación del nombre de Cristo o del nombre de Jesús, unido al pedido de misericordia. Lo que caracteriza estas oraciones es que están sacadas de la Escritura, en particular de los salmos. Son también oraciones vocales, ligadas al ritmo de la respiración o en una cierta posición sentada; su repetición incesante conduce a la oración del corazón⁶. Esta actitud profunda del corazón sustenta toda la vida del monje; aun cuando no ore explícitamente, es su manera propia de “orar sin cesar” (1Tes 5, 17).

La *RB* pide que “nuestro pensamiento concuerde con lo que dice nuestra boca” (19, 9). El monje deja penetrar en su corazón las palabras de la Escritura, los salmos muy particularmente (19: *De disciplina psallendi*) y se deja transformar por ellas hasta que palabra y corazón concuerden (19, 7 *concordare*). La acción litúrgica es un tiempo privilegiado para actualizar la única realidad que cuenta: la presencia de Dios. El primer grado de humildad y los siguientes nos lo recuerdan. El monje no se limita a escuchar la Escritura; él le responde, hace suyas las palabras del profeta (7, 50.52.54) y las de la Escritura entera en nombre de los que sufren (7, 38). El hermano “meditará constantemente en su espíritu” (7, 11), “repetirá siempre dentro de

5. C. WAGENAAR, *Das Beten der Wüstenmönche*, en *Geist und Leben*, 59, 1986, 93-103; I. HAUSHERR, *Comment priaient les Pères*, en *Revue d'Ascétique et de Mystique*, 33, 1957, pp. 28-39.

6. Cf. E. BEHR-SIGEL, *La prière de Jésus*, en *La douloureuse Joie*, Bellefontaine, 1978, p. 73; K. WARE, *Schweigen im Gebet*, en *Erbe und Auftrag*, 51, 1975, pp. 438 ss.

su corazón" (7, 18) los versículos de los salmos, hasta que pueda decir en su corazón: "Señor, soy un pecador" (7, 65 *dicens in corde semper*). Leyendo atentamente la *RB* constatamos que las palabras "siempre" y "acordarse" aparecen veintiuna veces en el texto y están ligadas siempre a versículos bíblicos que evocan a Dios o el juicio. ¿Cómo acordarse constantemente de Dios? La práctica de las oraciones jaculatorias nos ayuda a "evitar por todos los medios echarlo en olvido" (7, 10) y a vivir en la presencia habitual de Dios (7, 13.26-29; 19, 1-2). Esta manera de orar ¿es un "trabajo"? El duodécimo grado de humildad nos dice que ella más bien nos hace progresar en la vida espiritual. La "Oración de Jesús" conduce al conocimiento de nuestra nada y de nuestra condición de pecador. Esta impotencia cava en nosotros un vacío que sólo Dios puede colmar y en el cual puede obrar el Espíritu Santo (7, 70).

Siguiendo el ejemplo de los Padres del desierto, Benito no impone ninguna fórmula de oración. El deja a cada uno entera libertad para dejarse conducir por la gracia divina. La "Oración de Jesús" en su fórmula clásica, no era utilizada todavía⁷ en esos tiempos. La encontramos en su forma más concisa en el "Kyrie eleison" como el resto de una letanía al final del Oficio; se trata de una aclamación a Cristo Señor, unida a un pedido de perdón⁸. Benito introduce la fórmula (contrariamente a la *RM*) en la liturgia, pero no es citada en ninguna otra parte de la *RB*.

En el duodécimo grado, el monje repite en su corazón: "Señor... yo pecador" (7, 65 *Domine... ego peccator*). Benito toma estas palabras al publicano del evangelio (*Lc 18, 14*): Se trata de una mirada sobre el Señor con la invocación de su Nombre implorando su misericordia.

Parece prácticamente cierto que el versículo: *Dios, ven en mi ayuda...* (*Sal 69, 2*)⁹ puede ser considerado como la "Oración de Jesús" de la *RB*. Benito podría haberlo tomado de Casiano¹⁰. El re-

7. En las *Vit. Patr.* V, 5, 32: "Fili Dei, miserere mei". Cf. E. LANNE, *Le forme della preghiera personale in S. Benedetto e nella tradizione*, en *Atti del 7° Congresso internazionale di studi sull'Alto Medioevo*, Spoleto, 1982, p. 471.

8. Cf. A. JUNGSMANN, *Missarum Solemnia*, Viena, 1958, I, pp. 429-440.

9. Los salmos según la numeración de la Vulgata.

10. *Col. X*, 10, cf. B. SIRCH, *Das immerwährende Gebet bei Johannes Cassian*, St. Ottilien, 1983; V. CODINA, *El aspecto cristológico en la espiritualidad de Juan Casiano*, Roma, 1966, pp. 96-100; A. de VOGÜÉ, *De Jean Cassien à John Main*, en *Coll. Cist.*, 47, 1985, pp. 179-191.

tomará esta oración al comienzo de cada Oficio (18, 1; 17, 3.5) y se la hace decir al semanero de cocina antes de comenzar su servicio (fórmula repetida tres veces por los hermanos, 35, 17). Siete veces por día es cantada por la comunidad, signo indudable del lugar permanente que ocupa en la jornada del monje. Según Casiano, este versículo de salmo encierra todo lo que el monje quiere expresar a Dios, a Cristo: dependencia, humildad, confianza, amor. La práctica continua de esta oración hace del monje un mendigo ante Dios y lo hace llegar a la bienaventuranza de los pobres de espíritu, por el renunciamiento a la multiplicidad de los pensamientos. Podemos suponer que los antiguos monjes repetían a menudo este versículo mientras estaban dedicados a su servicio semanal. Para aquellos que no tenían el hábito de los trabajos manuales, esta demanda era muy concreta: "Señor, apresúrate a socorrerme..." y a toda la comunidad que se beneficiaba del trabajo de los hermanos, este versículo la incitaba a no juzgar, a no murmurar y a tener, en toda circunstancia, un juicio benevolente por anticipado.

Encontramos todavía en la *RB* otras cuatro oraciones breves sacadas de los salmos. Para todas se especifica que el versículo será dicho por un solo hermano¹¹ y repetido tres veces por la comunidad.

El versículo *Señor, ábreme los labios y mi boca proclamará tu alabanza* (*Sal 50, 17*) inicia el Oficio de las Vigilias (9, 1); es retomado al comienzo de la lectura del refectorio (38, 3) y se repite tres veces. Es una mirada hacia Dios, una invocación de su Nombre, unido a un pedido; el monje reconoce su total dependencia respecto a Dios, ya que sin su ayuda es incapaz de alabarlo.

El tercer versículo sálmico: *Recíbeme, Señor, según tu Palabra y viviré* (*Sal 118, 116*) es cantado en la profesión monástica y repetido tres veces. Benito, como el Maestro (*RM 89, 24*), introduce en este versículo la palabra *Domine*, aplicada, sin ninguna duda, a Cristo. El nuevo profeso implora al Señor que lo reciba, lo identifique con él, para tener parte en la verdadera vida¹².

A los tres versículos citados antes se agrega el *Gloria Patri* que parece dirigirse directamente a Cristo y por él a la Trinidad: Padre,

11. En la *RB* la palabra "versus" no se utiliza para las citas bíblicas, sino únicamente para los versículos de los salmos y de la liturgia; podríamos agregar el versículo utilizado para la oración de la mesa (*RB*, 43, 13.17), pero éste es difícil de identificar; ver A. LENTINI, *San Benedetto, la Regola*, Monte Cassino, 1980, p. 393.

12. Cf. AMBROSIIUS, *Expositio in Ps. 118, 22.28-30*; ver también B. FISCHER, *Die Psalmen als Stimme der Kirche*, Trèves, 1982, p. 144.

Hijo y Espíritu Santo. Estos tres versículos dan testimonio de que la petición es la verdadera actitud que conviene al hombre. La repetición de estos llamados hace al monje receptivo a la acción de Dios, a su presencia, al don de la vida que se le hace y a la misericordia divina. Parece, pues, normal que al final del servicio semanal, ore así: "Bendito seas, Señor Dios, porque me has ayudado y consolado" (35, 16). Benito colocó delante del versículo 17 del salmo 85 un versículo del profeta Daniel (3, 52) *Bendito seas...* para poner bien en evidencia la importancia de la invocación del Nombre de Dios. ¿Temía, acaso, que este versículo sálmico estuviera incompleto sin la invocación del Nombre de Dios?

El hecho de que todas estas oraciones sean empleadas en singular es muy característico y puede plantear un problema de interpretación: ¿por qué rezar en comunidad: "Dios, yén en mi ayuda... ábreme los labios"? Del mismo modo, ¿por qué razón, con ocasión de una profesión, la comunidad repite este versículo: "Recíbeme..."? La única razón plausible es el deseo de señalar la profunda unidad que liga a los miembros de la comunidad. "Todos somos en Cristo una sola cosa" (2, 20). La oración personal, en singular, no es sin embargo individualista, sino que abarca la comunidad y, más allá, el mundo entero.

El último versículo sálmico de la *RB* que cierra el rito de acogida de los huéspedes, es empleado, en cambio, en plural. Al lavar los pies a los huéspedes —sin duda después de la comida— todos los hermanos cantan este versículo: "Hemos recibido, oh Dios, tu misericordia en medio de tu templo" (*Sal 47, 12* — *RB 53, 14*), lo que muestra la dimensión espiritual del gesto realizado. Es a Cristo a quien se recibe en la persona de ellos (53, 1.7.15). En efecto, los monjes deben tratar a sus huéspedes —extranjeros, hermanos en la fe, pobres— tributándoles los honores y el respeto que les son debidos y compartiendo con ellos la oración y la comida. Todos juntos son invitados a dar gracias a Dios por su misericordia, es decir, el don de Cristo, reflejo de la misericordia del Padre. Tenemos ya aquí un rasgo de la "Oración de Jesús" bajo la forma que conocemos: "Señor Jesús, Hijo del Dios vivo, ten piedad de mí, pecador". En efecto, Dios ha dado muestras de piedad por la comunidad manifestándose a ella y ofreciéndole su salvación. Este versículo de salmo —cantado más o menos una vez por día— se puede convertir en una oración jaculatoria que ritme nuestras ocupaciones.

Antes de cerrar este capítulo podríamos citar también el *Deo gratias*¹³, aclamación y acción de gracias tomada de la liturgia. Benito no hace mención de ella en los capítulos consagrados al Oficio, pero la cita en el contexto de la vida cotidiana: “aquel que necesita menos, dé gracias a Dios y no se entristezca” (34, 3); el portero responderá *Deo gratias* a aquellos que llamen a la puerta del monasterio (66, 3). San Agustín tenía por señal de gratitud el hecho de saludar con el *Deo gratias* al encontrarse con otro (*In*. 132, 6).

De este modo, la vida cotidiana está jalonada de invocaciones breves sacadas de los salmos o de la liturgia, para llevar la mirada del monje hacia Dios y responder a su voluntad.

3. ¿Se encuentran indicios de la “Oración de Jesús” en la *RB*?

Lo que caracteriza esta oración es la invocación del Nombre de Jesús por el hombre pecador que implora la ayuda de Dios.

En todas sus ocupaciones el monje quiere dar gloria a Dios (Pról., 30). En el versículo sálmico del *Suscipe*, Benito (como el autor de la *RM*) ha introducido la palabra “Señor” (58, 21); lo mismo hace con la oración que el semanero recita al terminar su servicio: “Bendito seas, Señor...”. La “Oración de Jesús”, como un versículo de salmo, es considerada como un medio privilegiado para estrellar en Cristo los malos pensamientos. Benito vuelve sobre esto en dos ocasiones (Pról., 28; 4,50 — *Vit. Patr.* V, 5-32). El término “Señor” retomado tan a menudo en los versículos sálmicos o las citas de la Escritura y citado cinco veces en la *RB*, designa a Cristo¹⁴. Podemos señalar también el *Dominus* y el *Deus* en dos de sus versículos sálmicos. En el capítulo sobre la acogida de los huéspedes, la oración sálmica parece dirigirse más bien a Dios Padre. La invocación continua de su

13. Cf. A. JUNGMAN, *Missarum Solemnia*, Viena, 1958, I, 537; art. *Deo gratias*, en *DAcL*, 4, 1, col. 652. El “Amén”, aclamación solemne del evangelio — probablemente uno de los de la resurrección (*RB* 11, 10)— podría ser considerado como una oración breve, pero no se lo encuentra citado en ninguna otra parte de la *RB*.

14. Cf. A. BORIAS, *Le Christ dans la Règle de saint Benoît*, en *Revue Bénédictine*, 82, 1972, 109-139; id. “*Dominus*” et “*Deus*” dans la *Règle de saint Benoît*, en *Revue Bénédictine*, 79, 1969, pp. 414-423; el nombre de “Jesús” no es citado en la *RB*, mientras que en la *RM* lo encontramos mencionado tres veces. Hay que notar también que en la *RM* la oración se dirige a Cristo (48, 2.13; 19, 7). Si nos apoyamos sobre la interpretación cristiana (crística) de los salmos —admitiendo que san Benito se coloca en esta tradición— el Salterio es, entonces, una colección de oraciones dirigidas a Cristo. Cf. B. FISCHER, *Die Psalmen...*, pp. 46-71.

Nombre, en toda circunstancia, mantiene al monje en la presencia de Dios, y la oración de los salmos lo impregna de vida divina. Pues el que invoca a Dios incansablemente puede verlo en el prójimo y adorarlo en el hermano extranjero (53, 7).

El duodécimo grado de humildad hace decir al monje: "Señor, soy tan pecador" (*ego peccator* 7, 65). Las citas salmícas de los siete primeros capítulos de la *RB* subrayan nuestra condición de pecadores, nuestras faltas y las penas que el hombre puede expresar a Dios. El quinto grado de humildad es una viva ilustración de ello, cuando el monje confiesa a su abad su pecado. Los demás capítulos de la *RB* expresan con menos claridad este pedido de ayuda.

La "Oración de Jesús" en su forma clásica está hecha de petición y de llamado a la misericordia de Dios. El versículo: "Confesaos al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia" (quinto grado de humildad), es un ejemplo de ello. El monje puede implorar con confianza al Señor (Pról., 1.38; 27, 8) que vigila esperando la conversión del pecador y, como un pastor, toma la oveja perdida sobre sus hombros (27, 9). Podemos ver en esta imagen una relación con el último "instrumento de las buenas obras", que subraya, tan justamente, que "jamás hay que desesperar de la misericordia de Dios" (4, 74), pues "es eterna su misericordia" (7, 46). Marcados por esta experiencia de la misericordia divina y acogiéndola como un don en la práctica de la caridad fraterna (53, 1), nosotros mismos nos volvemos más misericordiosos y podemos perdonar a nuestra vez. Benito introduce la oración del Pater en voz alta, al final del Oficio, para abrir los corazones a ese perdón (13, 12-14). Le pide principalmente al abad que sea un hombre misericordioso (64, 9.10) y que tenga siempre ante los ojos su propia fragilidad (64, 13).

Cesáreo de Arlés afirma que, leyendo la Biblia, nos abrimos a la misericordia de Dios (Sermón 7, 1): esto vale, sobre todo, para los salmos. El recomienda también la oración silenciosa después de la salmodia, a fin de que la misericordia divina pueda penetrar en el corazón y allí madurar (Sermón 76, 1).

Aunque la sustancia de la "Oración de Jesús" se encuentra en la *RB*, me parece, sin embargo, que la oración más larga y más concreta: "Dios, ven en mi ayuda" — "Tú me has ayudado, tú me has consolado" — está más presente en el vocabulario de la *RB*. Pero es de notar que la palabra "ayuda" no se emplea nunca en un sentido material, sino únicamente en el de gracia, consuelo, don de Dios. Benito escribe su

Regla con la ayuda de Dios y, del mismo modo, es con su ayuda como podrá ser observada (73, 8; 1, 13). "Como esto no es posible a nuestra naturaleza sola, hemos de pedirle al Señor que se digne concedernos la asistencia de su gracia" (Pról., 41). Cuando el superior pide una cosa imposible y mantiene su orden, el monje obedecerá por amor "confiando en el auxilio de Dios" (68, 5). Este pedido corresponde a la naturaleza profunda del hombre que tiene necesidad de protección, de socorro, de aliento; corresponde también a lo que nos ha sido revelado de Dios: él es como una madre (RB 7, 4), "él nos amó" (7, 39) y él nos consuela (35, 16).

La invocación del Nombre de Jesús pidiendo misericordia para el pecador no está nunca explícita en la RB, a no ser en la invocación del Nombre de Dios, a fin de implorar ayuda para el hombre que está en la aflicción. El "Dios, ven en mi ayuda" es el modelo de esta oración.

4. La breve enseñanza sobre la oración que propone la RB, ¿tiene alguna relación con la "Oración de Jesús"?

Encontramos indicios de esta oración sobre todo en los capítulos 20 y 52 que tratan de la oración del corazón. En el capítulo 20 la oración está caracterizada por los términos *suggere* (pedir — 20, 1) y *supplicare* (presentar nuestra súplica — 20, 2) a los cuales se agregan las cualidades requeridas para orar: el respeto (*reverentia* — 20, 1; 52, 2) y la humildad (*humilitas* — 20, 1) que mueven a Dios para que escuche (*exaudire* — 20, 3).

La oración jaculatoria, repetida constantemente, es breve (*oratio brevis* — 20, 4.5), hecha de pocas palabras (*non multiloquio* — 20, 3)¹⁵. La tradición ha visto en Mt 6, 7 así como en la 1Co 14, 19 una forma de oración breve, en síntesis, la "Oración de Jesús". Tres veces, en la RB, vuelve el consejo de que la oración sea pura, hecha con simplicidad de corazón, sin abundancia de palabras, como conviene a nuestra condición de pecador.

La oración deberá ser hecha también con "lágrimas de compunción" (*compunctio* — 20, 3; 52, 4) traduciendo la pobreza del hombre pecador y el don de la gracia que Dios le hace. "Confesar cada día a Dios en la oración con lágrimas y gemidos las culpas pasadas", se di-

15. Cf. M. Van PARYS, *La prière brève et pure selon saint Benoît*, en *Irénikon*, 52, 1979, pp. 507-512; E. LANNE, *Le forme...*, p. 472.

ce en la *RB* (4, 57). Benito no precisa si este versículo se dirige a Dios o a Cristo, sin embargo la expresión "Dios del universo" (20, 2) podría designar con preferencia a Cristo. Pero es difícil probar que todas estas oraciones breves se dirigen a El.

En esta sucinta enseñanza sobre la oración, se pone el acento sobre la oración del corazón: "ore, no en voz alta" (*non in clamosa voce* — 52, 4) sino interiormente (*sibi* — 52, 3-4), secretamente (*secretius* — 52, 4; *peculiariter* — 52, 3), como para la *lectio* (48, 5). De este modo uno reza con "efusión del corazón" (*intentio cordis* — 52, 4; *puritas devotionis* — 20, 2). Como en la "Oración de Jesús" las palabras pasan de la inteligencia al corazón. Benito se ha inspirado aquí en la gran tradición de la oración, poniendo el acento en los dos aspectos siguientes: "que entre simplemente y ore" (*simpliciter intret et oret* — 52, 4) y "la oración ha de ser breve y pura, a no ser que se alargue por una especial efusión que nos inspire la gracia divina" (20, 4). Benito no impone fórmulas precisas, no da ninguna regla para la oración; la regla de la oración es la simplicidad y la libertad de los hijos de Dios que son las que hacen disponible al corazón para dejarse conducir por la gracia de Dios. Este es un signo distintivo de la oración en la *RB*.

Mientras que en Benito la salmodia litúrgica es esencialmente alabanza (cinco veces en la *RB*), la oración del corazón, en cambio, debe expresarse tanto por la acción de gracias como por las súplicas. Pero esta oración interior, prolongación de la liturgia e inspirada por la Escritura —por los salmos principalmente— encuentra normalmente su lugar después del Oficio (20; 52).

Consideraciones finales

Benito coloca, pues, bases sólidas para el principiante en la vida espiritual. Insiste sobre la oración del corazón que nace y se desarrolla en la liturgia y la lectura de la Escritura; para las etapas posteriores él lo remite a los Padres (73, 2.4) y le da guías espirituales elegidos en el seno de la comunidad (46; 49, 9; etc.).

¿Qué orientaciones podemos encontrar hoy en la *RB* para la oración personal?

- Para nuestras comunidades conviene, en primer lugar, conceder a la liturgia y a la Escritura todo el lugar que les corresponde.

- Luego, fuera del Oficio, valorizar la oración de los salmos como lugar de la presencia de Cristo¹⁶.
- Captar toda la importancia del lugar y del momento —principalmente a continuación de la celebración del Oficio— para meditar la Palabra recibida y dejarse transformar por ella.
- En nuestras vidas sobrecargadas, es necesario, más que nunca, permanecer fieles a la oración personal cotidiana y tender a encontrar tiempos de oración semanales y repartidos a lo largo de todo el año.
- Para estructurar nuestra oración osemos fijarnos un lugar, un momento; usemos actitudes corporales que, unidas al silencio del corazón, constituyen un camino de sabiduría.
- Recurrir a la oración breve sacada de la liturgia y de la Escritura y, sobre todo, a la “Oración de Jesús” que conduce a la oración del corazón.
- Reconocer delante de Dios nuestra pobreza y nuestro pecado y dejarnos guiar por la Regla de San Benito, para alcanzar, bajo la conducción de la Escritura, una profunda vida espiritual.

Liturgia y Palabra de Dios se convertirán entonces para nosotros mismos y para todos los buscadores de Dios, en lugares de intensa experiencia espiritual y también en lugar de encuentro entre nosotros y con los demás hombres. La irradiación humana y espiritual de nuestras comunidades ganará entonces en intensidad y en profundidad.

Benedettine Missionarie de Tutzing
Casa Generalizia
Via dei Bevilacqua, 60
I - 00165 Roma
Italia

Aquinata BÖCKMANN, osb

16. *Institutio Generalis Liturgiae Horarum*, 19.

Las citas de la RB están tomadas de: la Regla de San Benito, traducción española, BAC, Madrid, 1979.